

## *El eterno retorno: exiliados republicanos españoles en Puerto Rico*

NARANJO OROVIO, Consuelo, LUQUE, María Dolores y ALBERT ROBATO, Matilde (coords.), *El eterno retorno: exiliados republicanos españoles en Puerto Rico*. Prólogo de Luis Agrait. Madrid, Ediciones Doce Calles (Colección Antilia), 2011, 479 pp.

«El exilio español fue una bendición para los países que lo recibieron. No sólo por lo que los exiliados aportaron a la vida política y pública de los pueblos con su visión modernizadora, democrática, internacionalista y comprometida socialmente, sino por las grandes aportaciones culturales que hicieron» (p. 264), afirma Carmen Vázquez Arce en el capítulo en el que relata la vida y la obra en el destierro de su padre, el gallego Francisco Vázquez Díaz —*Compostela*—, destacado tallista de la madera que es hoy reconocido en Puerto Rico como padre de la escultura de aquel país. *Compostela* inició su exilio en República Dominicana, como lo hicieron otros intelectuales, artistas y científicos republicanos que se trasladaron desde aquel país a Puerto Rico para vivir allí su largo destierro. De ellos y de otros destacados exiliados en esta isla se ocupan los autores de este libro, una publicación en la que se dan a conocer algunos de los resultados alcanzados en el marco de un proyecto de investigación financiado en 2009 por el suprimido Ministerio de Ciencia e Innovación que ha sido coordinado por Consuelo Naranjo Orovio y María Dolores Luque, especialistas en la historia de los principales países

de la zona del Caribe y en sus relaciones con España, y por Matilde Albert Robatto, profesora de Literatura de la Universidad de Puerto Rico.

*El eterno retorno: exiliados republicanos españoles en Puerto Rico* —libro que, como señala en el prólogo el profesor Luis Agrait, puede considerarse «en cierta forma [...] una continuación» (p. 8) de *Los Lazos de la cultura: el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, publicado, en edición de Consuelo Naranjo Orovio y de Miguel Ángel Puig Samper, en 2002— se inicia con un capítulo firmado por Libia M. González López en el que se describe el desarrollo cultural del país desde principios del siglo xx hasta poco después de la arribada de los republicanos españoles, refugiados que, según afirman Luis Alberto Lugo Amador y Jaime Muñoz Pérez Rivera en el siguiente apartado, «fueron declarados invisibles» (p. 64) durante décadas por la colonia española establecida en Puerto Rico desde antes de la guerra civil, conflicto en el que se posicionaron al lado de los sublevados. Como demuestran Naranjo Orovio y Puig-Samper en su trabajo, fueron las instituciones puertorriqueñas las que propiciaron el establecimiento en la isla de los republicanos españoles, la mayoría de los cuales fueron contratados como profesores de la Universidad de Puerto Rico gracias a la labor llevada a cabo por Jaime Benítez —desde 1942 rector de dicho centro de enseñanza superior e impulsor de una reforma universitaria sin precedentes— y por el profesor Gustavo Agrait —su ayudante—, el encargado de conseguir que Estados Unidos otorgara los visados necesarios para que los desterrados españoles pudieran residir y trabajar en el país, tal como recuerda su hijo Luis en una de las entrevistas realizadas por Naranjo Orovio en agosto

de 2006 que se reproducen en el capítulo final del libro. Dichos testimonios orales, junto a la correspondencia consultada y a los documentos exhumados en archivos personales e institucionales, permiten a los autores de este tercer capítulo, titulado «La llegada del exilio republicano español a Puerto Rico: solidaridad y reconocimiento en un proyecto cultural», reconstruir el proceso que permitió que ejercieran la docencia universitaria en la isla refugiados entre los que se hallaron Francisco Ayala, Vicente Llorens, Segundo Serrano Poncela o Aurelio Matilla Jimeno.

El contenido de algunas de las cartas que se escribieron en aquellos años se ha revelado como una fuente de información fundamental para alumbrar la trascendencia que tuvieron para los exiliados republicanos las actuaciones llevadas a cabo por Federico de Onís, quien había impulsado en 1927 la creación del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. En palabras de Matilde Albert, autora del capítulo consagrado a la figura del catedrático de la Universidad de Columbia –a quien también se debe la edición anotada de sus *Cartas con el exilio* que vio la luz en 2003–, Onís «fue la figura clave, el enlace, entre los profesores e intelectuales del exilio y los representantes administrativos y docentes de las universidades norteamericanas e hispanoamericanas, además de otras instituciones culturales» (p. 104).

Las relaciones epistolares que Alfredo Matilla Jimeno estableció con otros compañeros de destierro tanto en República Dominicana como en Puerto Rico dan cuenta también de su solidaridad, según nos explica Fernando Feliu Matilla –su nieto– en «“Se me ha perdido un paisaje”: El archivo de Alfredo Matilla o los relatos del exilio», trabajo en el que informa de su trayectoria como crítico musical y tea-

tral en Puerto Rico y en el que se refiere asimismo a su producción poética, una dedicación a la literatura que considera «el producto de una necesidad interior por reflexionar sobre su identidad como exiliado» (p. 297). Flavia Marichal Lugo, hija del artista gráfico y escenógrafo Carlos Marichal, reconstruye a su vez la labor llevada a cabo por su padre desde su llegada a Puerto Rico en 1949 procedente de Estados Unidos –adonde se había trasladado tras pasar algunos años en México–, del mismo modo que, como ha sido dicho, procede Vázquez Arce con la de *Compostela*, quien llegaría a ser buen amigo de Marichal. También Miguel Cabañas alude sucintamente a ambos autores en «El arte en otro retorno de los galeones: Los artistas del exilio español de 1939 en Puerto Rico», capítulo en el que revisa las trayectorias de Cristóbal Ruiz, Vela Zanetti, Ángel Botello Barros, Esteban Vicente, Hipólito Hidalgo de Caviedes y Eugenio Granell, creadores que, junto a los anteriormente citados, merecen, en su opinión, ser considerados con mayor atención, aunque no todos ellos residieron permanentemente en la isla.

Con el fin de mostrar «a un Juan Ramón Jiménez muy comprometido con el exilio republicano español» (p. 304), José María López Sánchez recuerda la trayectoria vital y profesional del poeta fuera de España a la luz de una parte de la copiosa bibliografía sobre el tema que se ha publicado en los últimos años –ésta es una de las razones por las que, como afirma el autor del trabajo, «acercarse a Juan Ramón Jiménez es siempre complicado» (p. 304)– y también de algunas de las cartas que el autor de *Eternidades* y Zenobia Camprubí escribieron o recibieron en el destierro, documentos estos últimos que se conservan en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico. Entre los textos

exhumados destaca un pequeño número de las misivas que le remitió Juan Guerrero Ruiz –las que le escribió Camprubí fueron publicadas, en edición de Graciela Palau de Nemes y de Emilia Cortés Ibáñez, en 2006– y algunas de las que el autor de *Diario de un poeta recién casado* recibió de Max Aub a propósito de un proyecto editorial –la colección «Patria y ausencia»– de cuyo estudio se ocupó hace algunos años Manuel Aznar Soler.

El último trabajo recogido en el volumen –un ensayo que, según anuncia su autor, «forma parte de un libro de próxima publicación sobre el exilio de Pablo Casals en Puerto Rico» (p. 351)– analiza la primera visita del compositor catalán al país en el que había nacido su madre, donde acabaría residiendo hasta su muerte, una decisión que, en opinión de Pedro Reina Pérez, «cambió el panorama institucional de la música, estableciendo nuevos pilares para la evolución cultural de Puerto Rico» (p. 380).

La labor llevada a cabo por los españoles que se refugiaron en Puerto Rico al término de la guerra civil contribuyó notablemente al desarrollo de las diferentes disciplinas de las que se ocuparon e incrementó el prestigio de las instituciones con las que colaboraron. Así lo atestiguan los trabajos incluidos en *El eterno retorno: exiliados republicanos españoles en Puerto Rico*, libro que viene a enriquecer el conocimiento de un tema –el del destierro en la isla– que, desde la publicación en 1991 del volumen editado por Charo Portela Yáñez, *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe, 1939-1989. Memorias del congreso conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, suscita año tras año el interés de un mayor número de investigadores. ■

Francisca Montiel Rayo  
GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona

## Los años norteamericanos de Luis Cernuda

«Los años norteamericanos de Luis Cernuda». José Teruel. XII Premio Internacional «Gerardo Diego» de Investigación Literaria 2012. Ed. Pre-Textos, en coedición con la Fundación Gerardo Diego, 2013.

Octavio Paz describió a Luis Cernuda (Sevilla, 1902- México, D.F., 1963) como «*el menos español de los poetas españoles*».

Emparentado con la tradición romántica inglesa o alemana, «ningún otro poeta del siglo xx de genio equiparable fue tan solitario como este poeta exiliado» (Harold Bloom), siendo la suya una tentativa de encarnación de la poesía en la vida:

«Un ser distinto. Se han cerrado las puertas del infierno y el poeta ni siquiera le queda el recurso de Adén o de Etiopía(...) errante en los cinco continentes, vive siempre en el mismo cuarto, habla con las mismas gentes y su exilio es el de todos» (Octavio Paz).<sup>1</sup>

Esa distinción (*dandysmo*), ese extrañamiento («los placeres prohibidos») y hasta el propio exilio del poeta sevillano (Gran Bretaña, EEUU y México) le convirtieron ya en vida en lo que se vino a llamar «la leyenda Cernuda».

A partir del centenario del poeta sevillano, que se celebró en 2002 y las múltiples publicaciones que se le dedicaron en su momento, la bibliografía y exégesis en torno a la vida y la obra de L.C. no ha hecho más que crecer desde entonces en cantidad y calidad, impulsada por el creciente interés que despierta tanto en las generaciones pasadas como en